

materia,—¿pero es exactamente acerca de esta materia?—no nos parecen tan claros como al señor Roselly de Lorgues.

Más cerca de la verdad nos parece este concienzudo escritor cuando atribuye á Colon la intuición de un vasto mar extendiéndose allende—yo diría al sud—del nuevo continente, lo que en manera alguna se opone á que viera en este último la prolongación del Asia. Ya se ha podido observar la reunión de circunstancias, las extrañas concordancias de nombres que continuamente le iban confirmando en semejante opinión que la vista de los naturales debía hacer aún más plausible.

Estos hombres cuyas facciones recordaban el tipo indo y hasta caucásico, mejor que las de los Lucayos y Caraibes, llevaban turbantes de una tela flexible y brillante como la seda; sus costumbres, sus habitaciones cómodas y hasta elegantes realizaban la aparente significación de este atributo. Finalmente, entre las producciones esencialmente asiáticas de su país, había una que valió el nombre de Golfo de las Perlas á una ancha bahía, donde, entre paréntesis, nada ha justificado desde entonces un nombre tan gracioso. Y no obstante, en toda aquella rica comarca, así en la tierra firme como en Tabago, Granada, Margarita y otras islas nuevamente descubiertas, hombres, mujeres y niños llevaban perlas en collares y brazaletes. Colon había comprado también más de tres libras de ellas en Cubagua donde las vió pescar en abundancia.

El 18 de agosto partió sin embargo de esta última isla, con pesares aumentados por un hallazgo tan venturoso, hacia la isla de Santo Domingo, á cuya vista llegó rápidamente y sin obstáculo.

Anclado en una ensenada de la pequeña isla Beata, acababa de enviar secretamente un Indio á sus hermanos Diego y Bartolomé, cuando este último llegó por mar á toda prisa y á su encuentro. Preparado estaba el Almirante para malas noticias, pero las que le comunicó el Adelantado excedían de mucho, todo lo que él se temía de peor.

Ya sabía que su hermano, en quien al partir, había delegado su autoridad, la había visto al punto desconocida por toda la parte turbulenta de la colonia.

En aquella ocasión había desplegado Bartolomé todos los recursos de un talento militar y organizador, al propio tiempo conocido sólo de su hermano, pero que no había tardado á manifestarse á sus mismos adversarios, por medidas tan prudentes como vigorosamente sostenidas. Renunciando á hacerse amar de hombres incapaces de un sentimiento bueno, se había hecho temer de ellos; á la dulzura de Cristóbal Colon había sustituido su rigor.

Quizas andando el tiempo le hubiera salido bien este medio, si no hubiese tenido que habérselas sino con hombres en comunidad de ideas y de costumbres con él, como eran varios de los europeos, y sobre todo, en cuanto ya se había sabido muy pronto la favorable acogida con que la corte había honrado á Cristóbal

Colon. Fuerte con esta noticia, esperaba Bartolomé desprender del grupo de sus enemigos, al pérfido pero político Roldan, y por lo tocante á los cómplices ó á los rivales de este peligroso personaje, les tenían ya casi sometidos algunas severas lecciones, cuando un nuevo elemento de desorden había ido á complicar la situación.

Cuando su última partida, había podido pensar Cristóbal Colon que dejaba sometida de grado ó por fuerza toda la población india de la isla, á excepción de las tribus que quedaban neutrales, en las que reinaba el noble y poderoso cacique Behechio, cuñado de Caonabo. El rapto de este último había causado en la isla general emoción y tomas parciales de armas; pero Bartolomé había los fácilmente reducido á todos por la fuerza, gracias á la continua neutralidad de Behechio. Había trascurrido un año sin que nada anunciara ningún cambio en las disposiciones ambiguas de aquel jefe que no podía considerarse ni como enemigo ni como aliado.

Una posición tan independiente no dejaba de tener sus peligros para la autoridad española. De un momento á otro, podía el jefe de las tribus guerreras del Xaragua, ofrecer á uno de los partidos que dividían la colonia, ó á una de las cuadrillas que la infestaban, los medios de dominarla por las armas; y efectivamente, creyóse saber que Roldan negociaba secretamente con él á dicho objeto, y que una omnipotente influencia sobre el ánimo del cacique había conseguido ya hacerle entrar en su plan.

Al saber esta noticia, la primera idea de Bartolomé fué apagar esta mecha incendiaria, y la segunda hacer una visita á la bella y poderosa Anacoana.

Esta visita se la debía desde más de un año: ¿qué falta!

Un frances no la habría cometido.

Bartolomé fué un grande hombre, pero muy grande. Para igualar á su hermano quizás no le faltó más que el don de la iniciativa, y una dosis mayor de aquel elemento femenino que sirve de levadura al genio, y hace que una especie de gracia vaya siempre unida á la fuerza.

No solamente al llegar á Santo Domingo no había «barruntado la mujer» segun la expresión de Nolo, sino que había probado también que no conocía un sexo al cual, sin embargo, profesó siempre la más tierna veneración. Por más que le hubiese podido decir su hermano acerca de este particular, la captura y la muerte de Caonabo le había parecido un abismo abierto entre los europeos y la viuda de aquel bárbaro, y este error le había hecho descuidar una mujer en cuyo poder por otra parte no creía sino medianamente.

Por fortuna reconoció su falta antes de que fuera irreparable, y, conciliando al punto la galantería con la política, partió con un cuerpo de ejército el más numeroso y mejor armado posible, á fin de dar á su visita aquella pompa guerrera

que ninguna mujer, dicen, ve con indiferencia, hasta en comarcas ménos salvajes de lo que era todavía el Xaragua.

Este homenaje halagó vivamente á Anacoana. Esta mujer extraordinaria, que habia sabido comprender el genio de Cristóbal Colón, pero que la captura de Caonabo habia alejado de ella por mucho tiempo, no tenia las mismas razones para mostrarse rigurosa con Bartolomé. El mismo interes de su nacion, diezmada periódicamente por los Caraibes, le aconsejaba recobrar, por medio del Adelantado, algo de su primera influencia sobre el Almirante. Al retirarse, como lo habia hecho, en casa de su hermano el cacique Behechio, habia obedecido al decoro sentido y observado hasta entre los pueblos niños, pero puede creerse que se habia fácilmente consolado de la pérdida de un hombre que jamas habia podido reducir á su política ni despojar de los feroces instintos del Caraibe.

Más adelante, la privilegiada inteligencia de que estaba dotada le habia hecho presentir, al traves de las divisiones de los europeos, el triunfo definitivo de la autoridad legítima, y en cuanto á los débiles alientos que ella habia dado á los rebeldes, no habia sido por su parte más que una especie de primera advertencia dirigida á Bartolomé, de quien se veia descuidada.

Una política no ménos femenina, quiero decir, no ménos hábil, la hizo por de pronto permanecer pasiva, cuando el cacique su hermano, apreciando de distinta manera que ella la visita militar de los españoles, hubo levantado en armas cuarenta mil guerreros que envió al encuentro de Bartolomé.

Satisfecha no obstante muy luégo de una demostracion que devolvía á este cortesía por cortesía, decidió á su hermano á que licenciara sus tropas, y no pensó más que en dispensar al Adelantado una recepcion digna de él y de ella misma.

Quizas se pregunte cómo pudo llegar una reina salvaje á realizar la primera parte de un programa tan excelente; pero, por cierto que no remitiré al lector á un libro voluminoso donde encontraría pormenores relativos á esta materia que no tengo bastante tiempo ni suficiente espacio para resumir (a), tampoco les haré observar que nosotros, los civilizados, con nuestras máscaras, nuestros collares, nuestros pendientes, nuestros brazaletes, nuestros disfraces de toda clase, no nos figuramos nada mejor en nuestras fiestas que imitar los adornos, las danzas, los juegos de los pueblos bárbaros. Diré solamente: sabeis la palabra *enguirlander*, barbarismo franco-ruso que expresa la accion de halagar á un extranjero: pues

(a) *Histoire générale des Antilles, de saint Cristofle (sic), de la Guadeloupe, de la Martinique et d'autres isles habitées par les Français*, por el padre Deutertre: 4 tom. en 4.º: Paris, 1667—1671.



SOLENNI RECEPTION FECHA POR EL PRINCE DE ORANGE AL ADELANTADO D. BARTOLOME COLON. HECHO EN XARAGUA.

que ninguno ni que...

que ninguno ni que... que ninguno ni que...

Más adelante... que ninguno ni que...

que ninguno ni que... que ninguno ni que...

que ninguno ni que... que ninguno ni que...

que ninguno ni que... que ninguno ni que...

1 tom. en l. Paris 1607-10



SOLEMNE RECEPCION HECHA POR FLOR DE ORO REINA DE PARAGUA AL ADELANTADO BARTOLOME COLON HERMANO DEL ALMIRANTE